

# Una Iglesia Tridimensional

por  
**IGNACIO  
PEREZ DEL VISO,  
S. J.**

A PARTIR DEL CONCILIO se generalizaron expresiones como "tradicionalistas y progresistas", "conservadores y liberales", "preconciliares y posconciliares", buscando más un efecto publicitario que una aproximación a la realidad. Esta ha mostrado ser demasiado sinuosa y dinámica como para dejarse encasillar en esquemas que conservan el gusto por la idealización entre buenos y malos. El catolicismo de los Estados Unidos, por ejemplo, aparecía audazmente liberal cuando se trataba de "relaciones exteriores", con el estado o con otras religiones, pero acentuadamente conservador en lo atinente a la vida interna de la Iglesia. La problemática holandesa caracterizó, por otro lado, un progresismo cuasi-herético, mientras que hoy, en el área tercermundista, suena más a planeamientos distractivos: ¿quién busca ahora y en Latinoamérica, una solución holandesa para nuestros problemas? La misma antinomia entre conservadores y liberales se manifestó, con el tiempo, como un esquema típicamente europeo, y, para el hemisferio sur, como un esquema tradicional, conservador en el modo de afrontar la realidad y preconciliar en cuanto que Europa marcó el paso del Concilio y la Iglesia busca ahora un horizonte transeuropeo.

La movilidad de los diversos sectores y el descubrimiento de nuevas líneas de fuerza iban dejando al descubierto las simplificaciones. A todo ello se suma el que las categorías dualistas (pre- y post-) demuestran su insuficiencia para la interpretación histórica de los hechos. Las bipolaridades como "gracia y pecado", "acción de Dios y acción del hombre", "ángel bueno y demonio", "santos y pecadores", "aggiornados y anquilosados", no se adecúan al trinomio pasado-presente-futuro ni tienen suficientemente en cuenta el elemento de inestabilidad, de lucha y de síntesis que introduce la historia. Mucho menos responden a la realidad las **categorías monistas**, que no trascienden una visión de la Iglesia limitada a lo que es común:

el pueblo de Dios, el concilio, el Papa, los sacramentos, la grey católica, la comunidad de fe, de esperanza y de caridad. Con terminología clásica o moderna se está procurando lo mismo: disimular las diferencias, no acentuar el movimiento para que no se manifieste una diferencia entre la vanguardia y la retaguardia. Y tanto en una visión optimista como en una pesimista, el esquema puede resultar unilineal: para unos todo era luz, para otros todo tinieblas y pecado; la Iglesia anda mal, el mundo está corrompido.

Todo ello explica el que una interpretación trinómica o tripartita de la Iglesia, y específicamente de la Iglesia argentina, como la propuesta por Gera y por Rodríguez Melgarejo en la revista uruguaya "víspera" (febrero de 1970), haya despertado un interés general a causa de la superación de los viejos encasillamientos y de la interpretación dialéctica de la realidad. **Tradicionalismo, Progresismo y Protesta social** configurarían las tres grandes líneas de fuerza. Que no se trata de una mera división temperamental o ideológica, lo pone de manifiesto el Padre Juan Carlos Scannone, interpretando trinitariamente el fenómeno, en un artículo que se publica en este mismo número de ESTUDIOS. Quisiéramos ahora detenernos en el esquema de Gera-Rodríguez Melgarejo, ofreciendo algunas consideraciones que puedan ayudar a reelaborarlo o prolongarlo.

## ¿ESQUEMA ELITISTA O POPULAR?

Según los autores, las tres líneas de la Iglesia argentina actual, tradicionalista, progresista y de protesta social, se insertarían en la **élite** por oposición al **pueblo**, lo cual no nos parece del todo exacto. La que sí se encarna en una élite es la **línea progresista**, típicamente europeizante; su inserción pastoral la buscó preferentemente en Francia y Bélgica, su inspiración teológica en Alemania y Holanda, entronizan-

do en el Río de la Plata a Rahner y Schillebeeckx. Su inclinación político-económica "desarrollista" la ha enmarcado aún más en una élite. El postconciliarismo de esta línea entró en el pueblo muy lentamente y, en la medida en que lo lograba, dejaba de ser patrimonio progresista para pasar a ser adquisición tradicionalista o de protesta social. La reforma litúrgica, por ejemplo, impulsada por los progresistas al comienzo del Concilio, ha pasado a caer bajo el centro de interés de la línea tradicionalista, una vez aceptada por el pueblo en sus rasgos principales: de cara al pueblo, en castellano, más simple, con mayor participación. Las llamadas "experiencias litúrgicas" están pasando de moda; son propias de pequeñas élites, mientras que la reforma litúrgica, por el contrario, ya es patrimonio del pueblo, es decir, dejó de ser reforma o esfuerzo de modificación para pasar a ser simplemente la forma. Ya está pasando el romanticismo por jugar a la misa de las catacumbas, realizada por grupúsculos superselectos; era un modo de perduración elitista, semejante al de la misa clásica latina, cuando la llave de los tesoros litúrgicos era celosamente guardada en los monasterios benedictinos.

La **línea tradicionalista**, en cambio, a diferencia de la progresista, es de élite sólo en sus formulaciones extremas, integrista o ultraderechista. Si bien posee un matiz conservador, congeniando así con los sectores económicamente más favorecidos, mantiene, en una curiosa antinomia, un fuerte arraigo popular. Esta línea cuenta a su favor, en primer lugar, con casi toda la estructura y el elemento institucional de la Iglesia: curias, parroquias, colegios católicos y —en la medida en que no le son disputadas por la línea progresista— universidades católicas. Se suman a ello las publicaciones periódicas en general, salvo contadas excepciones "progresistas" y alguna que otra tercermundista. Hereda igualmente esta línea —en disimulada competencia con la de protesta social— toda la fuerza de la religiosidad popular, con sus santuarios y peregrinaciones, motivos de escándalo para los progresistas. La peregrinación a Luján, organizada por sacerdotes que trabajan en villas de emergencia, plantea el interrogante acerca de si la alergia progresista hacia estas formas de religiosidad popular no se origina en un clasismo religioso, en un cristianismo culturizado o en un modernismo europeizante y libresco que vive el Concilio a través de los "documentos" y no tanto de los problemas reales de los veinte y tantos millones que somos en esta tierra.

El catolicismo de origen inmigratorio y

mayoritariamente italiano posee una marcada tendencia al ritualismo y sacramentalismo: bautismo, primera comunión, casamiento y entierro por la Iglesia, amén de los cultos de semana santa y otras festividades preferentemente marianas. Tal vez dentro de varias décadas, si continúa el proceso de secularismo e indiferentismo cultural, podrá llegar a decirse que la línea tradicionalista es de élite. Hoy por hoy está demasiado arraigada en el pueblo como para que experimente, incluso, la necesidad de defenderse. En todo caso, su método defensivo es muy simple: asimila al progresismo más ortodoxo, lo institucionaliza, parroquializa y folkloriza, alimentándose, así, de una corriente aparentemente antagónica y vacunándose contra sus excesos. La concepción, por ejemplo de la Iglesia como una "comunión" (koinonía), extraída de la antigua Iglesia y del cristianismo oriental, es asimilada en formas sencillas y prosaicas, como la de los consejos presbiteral y parroquial, institucionalizando, de este modo, los elementos carismáticos y liberales: la libertad de opinión en la Iglesia se transforma en un consejo asesor. La "Liturgia de la Palabra", eslogan del progresismo bíblico y cultural, ha salvado a la corriente ritualista de su anquilosamiento definitivo. El ecumenismo, otra bandera progresista, es vivido por la corriente tradicionalista en el plano de la buena vecindad, tocando así el corazón del pueblo. En resumen, el movimiento progresista se enfrenta a una disyuntiva: o es lentamente asimilado por la corriente tradicionalista —en parte también por la protesta social— muriendo, entonces, como progresismo y vanguardismo, o no se deja asimilar y permanece como élite de teólogos tecnócratas y clasistas que mueren para el sentimiento popular. Esta línea, la progresista, sea, tal vez, la más inestable de las tres. Se asemeja a un continuo fluir hacia las otras dos a las que realimenta; no es tanto un sector de la Iglesia cuanto una dinámica y un perenne síntoma de su juventud. El error podría estar en querer transformarlo en un sector, en institucionalizar la élite. No se puede vivir toda la vida en tensión con los sectores mayoritarios, al margen de las corrientes populares. O se acepta ingresar en la línea tradicionalista, abandonando esquemas de gabinete y vigorizando los elementos institucionales, como parroquias, colegios y universidades, o se ingresa en la línea de protesta social, proporcionándole los elementos de elaboración y reflexión. Pero evitar comprometerse con el pueblo, sus instituciones y sus conflictos, para continuar como un libre predicador de la Palabra de Dios, fusti-



gando a la derecha y a la izquierda, a los obispos y a los curas del tercer mundo, como especulación personalista y no como carisma del Pueblo de Dios.

La **línea de protesta social**, finalmente, tampoco podría ser considerada como de élite, a no ser en su primer momento europeizante, de influencia intelectual marxista. Como dicen Gera y Rodríguez Melgarejo, "esta línea tiende, en la actualidad, a identificarse cada vez más intensamente con el pueblo" (p. 62). Desde un punto de vista económico social, la oposición de sus miembros a los ministerios de economía, conservadores, liberales, o desarrollistas, que se han venido sucediendo en los últimos 15 años, como también la opción de muchos de ellos por el movimiento peronista, hace que ya no podamos considerar a esta línea como de élite.

### PELIGROS Y CONTRAMARCHAS

En el fondo, llegaríamos al siguiente esquema tripartito-bipolar: dos grandes corrientes populares o masivas, la tradicional y la de protesta social, y una corriente intelectual de élite que nutre a las otras dos. Tal "realimentación" es patente en el primer caso, a tal punto que la línea tradicional no deja de considerar como propios a los mejores teólogos de la línea progresista, bien que balanceados con otros teólogos clásicos. Y la tercera línea, en su formulación más visualizable, la **tercermundista**, se siente, de modo semejante a la segunda, en la disyuntiva de mantener su vinculación con las otras dos o transformarse paulatinamente en un movimiento gremial o político-social. Es el peligro correlativo al del humanismo naturalista de ciertas tendencias de la línea progresista, aunque no se trataría aquí de un humanismo científico renacentista-progresista, sino de un humanismo que corre por los lemas de la revolución francesa: libertad, igualdad y fraternidad —acentuando más los dos últimos—, en un horizonte marxista, alimentándose de la doctrina justicialista y de documentos de la Iglesia, como los de Medellín y la Populorum Progressio, pero no tanto en cuanto mensajes religiosos sino en cuanto declaraciones de derechos del hombre. Modestamente opinamos que éste y otros peligros de la línea de protesta social no han sido suficientemente evaluados por Gera y Rodríguez Melgarejo; dejan la impresión de que es, dialécticamente, superadora de las otras dos, anulándolas prácticamente en su síntesis, y que históricamente, por ser posterior, sería definitiva en relación a las precedentes.

Podríamos decir que, de momento, los mejores teólogos de la Iglesia están repartidos entre las líneas tradicional y progresista, con alguna "rara avis" en la de protesta social. En esto la tercera línea aporta algo original: no ha nacido desde arriba, ni desde la institución ni de la "intelligentsia"; no ha surgido de una especie de "Ateneo de la reforma social". El movimiento de los curas obreros constituyó uno de sus primeros intentos de liderazgo no intelectual. Pero esta experiencia llevó a serios conflictos con la primera línea, la tradicional y sobre todo con la jerarquía, no tanto por el contenido social de su mensaje cuanto por una disputa en torno al rol del sacerdote en la sociedad. Después de muchas idas y venidas, la experiencia fue admitida o, al menos, tolerada, pero ya era tarde, había pasado su hora y se buscaban nuevas formas de entrar en contacto con el pueblo, principalmente obrero. Esta experiencia, en nuestro país, no pudo liberarse del lastre de la problemática europea, ni pudo modificar la imagen romántica que las novelas o el cine nos hacían llegar de sacerdotes obreros en los suburbios de París. La experiencia estaba abortada porque aparecía más como "experiencia" que como compromiso real; era un vanguardismo hacia dentro de la Iglesia y no hacia afuera: ofrecía la imagen de un nuevo tipo de sacerdote, de una variante en el modo de practicar el ministerio. Exquisiteces eclesiales que resultarían irrelevantes para el pueblo.

El movimiento de sacerdotes para el tercer mundo supera radicalmente lo que podrían realizar, en forma aislada, los sacerdotes obreros. Recupera y enfatiza algunos valores institucionales, como el sacerdocio mismo que, si era disimulado o no suficientemente manifestado por algunos sacerdotes obreros, al menos en los primeros tiempos de la experiencia, pasa ahora a un primer término de imagen: "sacerdotes para el tercer mundo". El cambio de táctica será también radical: al trabajo de hormiga, del método anterior, sucede repentinamente un impacto masivo en que el número de sacerdotes adherentes y la coincidencia masiva en puntos básicos —sin llegar a institucionalizarse— juegan un papel principal. No interesa ya tanto contar con sacerdotes que lleguen a ser líderes gremiales —tampoco se descarta esta hipótesis— sino contar con una masa suficiente que le dé sentido de movimiento.

### ¿EL SANTUARIO DE LAS BIBLIOTECAS?

Podría pensarse, por lo anteriormente dicho, que la fuerza del movimiento re-

side en la cantidad y no en la calidad, y que no logrando atraer a la mayoría de los obispos y teólogos, se conformarían con un proletariado clerical. Pero esto es sólo una primera impresión. Estábamos demasiado acostumbrados a que las reformas en la Iglesia vinieran de arriba, por vía jerárquica, a través de encíclicas y documentos oficiales (línea tradicional), o que partieran de élites intelectuales (línea progresista), donde papas y teólogos eran profusa y hábidamente citados para corroborar aún lo más obvio: un artículo que no estuviera empedrado de citas no era "wissenschaftlich" (científico). Pero detrás de ese prurito cientificista finisecular, había una concepción de la Iglesia y de la interpretación de la Palabra de Dios. Es verdad que la Iglesia está asentada sobre el fundamento de los apóstoles y de los profetas, digamos hoy de los obispos y de los carismáticos, sólo que se identificaba muy fácilmente a los carismáticos con los "doctores" y a éstos con los teólogos que gozaban de una especie de inmunidad eclesial en virtud del carisma de la Sofía que bebían en el santuario de las bibliotecas y las cátedras. Un obispo lo pensaba dos veces antes de llamarle la atención a un teólogo de cierta fama; prefería, en todo caso, que Roma se ocupara del asunto. Los que no lucían, en cambio, la toga doctoral, quedaban expuestos a las reprimendas de miembros de curia de menor jerarquía. Tal vez no habían afirmado más que los prestigiados teólogos, pero en realidad no habían sido ubicados en el ámbito de la potestad docente sino en el de la potestad disciplinar.

Y bien, la revalorización de lo carismático en la Iglesia abrió nuevas posibilidades. Así como en el orden institucional dejó de absolutizarse la función personal (el papa, el obispo, el párroco) para revalorizar los valores comunitarios de la función colegial (el concilio y el sínodo, las conferencias episcopales, los consejos presbiterales), también, en el orden carismático, se operó una "socialización" semejante. A lo que pueda pensar tal o cual teólogo famoso se prefieren las conclusiones de una jornada sacerdotal de estudio o lo elaborado en los núcleos naturales comunitarios de reflexión, como la universidad o las publicaciones periódicas. En el fondo no es despreciar al teólogo sino ubicarlo en la comunidad, como antiguamente, cuando no se concebía al "maestro" sin su "escuela", la cual no se limitaba a la repetición servil sino que reelaboraba y prolongaba al "magister". A la iluminación del genio se antepone la función profética del pueblo de Dios y, en el presente caso, del presbíterado. Así

como los obispos son denominados "doctores" no por exhibir un diploma de la Universidad gregoriana sino, simplemente, por ser pastores, de modo semejante los sacerdotes reclaman el derecho de ejercer la función profética inherente al colegio de presbíteros, prescindiendo de los certificados y currículos académicos.

## ¿ENSEÑANZA O DENUNCIA?

Desde otro punto de vista podríamos decir que la línea de protesta social no posee, en general, grandes teólogos no porque sea una línea subdesarrollada, sino porque no ha encontrado teólogos a su medida. Ha sido superada la imagen del teólogo clásico que se mueve en una especie de intemporalidad, esarbando el pasado o proponiendo geniales visiones para la Iglesia del futuro. Para investigar lo que sucedió y prever lo que ha de suceder, es posible tomarse un buen tiempo, fijándose, en todo caso, metas a largo plazo. El presente, en cambio, resulta problemático: hoy es y mañana ya no es. Los estudios en profundidad corren el riesgo de llegar siempre tarde. Así comprenderemos mejor la recriminación contra los sacerdotes del tercer mundo en el sentido de que viven reaccionando a estímulos inmediatos: una huelga, una represión policial, un desalojo. La respuesta de cajón es muy sencilla: el huelguista tiene que comer, el desalojado tiene que dormir, el golpeado tiene que curarse; y todo eso hoy, esta noche, ahora. Hay, con todo, una respuesta más profunda. La Iglesia interpreta hoy su función profética no tanto en el pleno de la enseñanza en cuanto transmisión de una doctrina sino en el de la interpretación de los signos de los tiempos y de la denuncia profética. Un teólogo de gabinete, al estilo clásico, no parece tan apto para ejercer la denuncia profética que deber ser asumida en un momento determinado de la historia. Sólo quien está viviendo el ahora puede interpretar los signos de este tiempo, en este país, con este gobierno militar, con este ministro de economía, estos dirigentes gremiales, etc. De lo contrario, volveremos a las fórmulas hechas y a los axiomas tautológicos, repitiendo que la justicia debe ser justa, que el gobierno debe gobernar y los estudiantes estudiar. Estas expresiones del deber-ser se colocan a prudente distancia del ser real como para evitar una confrontación: ¿a qué podemos llamar hoy salario justo, digno o satisfactorio? ¿o es un enigma que deberá resolver el ministerio de economía?

Si al teólogo clásico le "interesaba" cómo se interpreta tal pasaje del Evangelio,



al movimiento profético le "urge" esclarecer cómo se interpreta este hecho a la luz del Evangelio. Esta corriente, que lleva a actualizar el Evangelio, no está exenta de cierto peligro: quedarse con lo substancialísimo del cristianismo, "un mensaje de amor" que ilumina espontáneamente todas las situaciones humanas. En realidad, en la palabra "amor" se encuentra fuerza suficiente para transformar al mundo, pero no siempre luz suficiente para encontrar el camino de la transformación.

## CONCLUSION

Si la corriente tradicionalista vive más en función del **pasado**, y la progresista del **futuro**, la de protesta social vive denunciando la injusticia del **presente**. El peligro de cada una de ellas consiste en evadirse hacia una dimensión exclusiva del tiempo. Cada una de ellas responde más a una de las virtudes teológicas. Los tradicionalistas cantarán: "La **fe** de nuestros padres consérvanos Señor". Esa fe milenaria, que se asienta sobre veinte concilios y veinte siglos de historia y que conserva celosamente por la tradición el mensaje revelado. Los de la corriente progresista, mirando hacia el futuro, se aferrarán a la **esperanza**, proyectando a la Iglesia más allá de la historia, hacia las realidades escatológicas, viviendo la fe como una espera del retorno del Señor. Y finalmente la corriente de protesta social

vivirá el cristianismo como una urgente **caridad** hacia el hermano que debe ser liberado ahora de una situación de injusticia. Una actitud de protesta social, que no se dé en un horizonte de esperanza escatológica, no será auténticamente cristiana, como tampoco lo será un progresismo no comprometido con el presente. No se trata, en definitiva, de imaginar una Iglesia tri-sectorial o tri-grupal, con un parlamento que equilibre las tres corrientes, sino una Iglesia tri-dimensional, una comunidad de fe, de caridad y de esperanza. No hay un sector de cristianos que vivan de la fe, otros de la esperanza y los terceros de la caridad. Si la fe es auténtica se transforma en esperanza, es decir, en fe en el Cristo que ha de venir al fin de los tiempos, y la esperanza en caridad, ya que aguardando y buscando al Señor de la historia se lo descubre en el hermano que peregrina con nosotros. Si un tradicionalista no se siente algún día un poco progresista, no está viviendo la Iglesia tridimensional. Si uno de la línea progresista no experimenta por momentos la ira de la protesta social frente a la injusticia que lo rodea, se ha transformado en un cristiano unidimensional. Pero si bien es cierto que cada uno debe experimentar algo de las otras corrientes, también es cierto que cada uno tiene su propio carisma que debe ejercer sin timidez para el bien de toda la Iglesia. ♦

## PROFESIONALES

### MEDICOS

Dr. CESAR CARDINI

Charcas 788

T. E. 31-3254

### INGENIEROS Y Y ARQUITECTOS

HERNANDO CAMPOS  
MENENDEZ

Av. Pte. R. S. Peña 547

MARIA CATALINA NEGRI  
Asunción 3354

T. E. 50-2554

ROBERTO JUAN CARDINI  
Azcuénaga 1171, P. B

T. E. 80-1587/0632

y 83-1649

MARIO JORGE GRAVINA

Acevedo 2265, 6º Piso, 38

T. E. 72-0403

T. E. 743-5300

Ing. JORGE L. VALLS

S. del Estero 217, 4º Piso

T. E. 38-1573

### QUIMICOS

DELFIN LUIS BARRIOS

Corrientes 1262, Piso 1º

T. E. 35-3319

### TRADUCTORES

CORTES FUNES CRESPO

Asuntos legales,

Traducciones

Arenales 1655, Piso 1º

T. E. 44-7216

### VARIOS

PAMPAS Y HACIENDAS S.A.

Corrientes 378, 4º Piso

ADMINISTRACION DE  
PROPIEDADES

GUILLERMO LOPEZ ROSENDE  
Belgrano 313 - San Isidro